

304
SAN JOSÉ DE COSTA RICA

PANDEMONIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA
DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

EDITORES: MURRAY Y Cía. • ADMINISTRACIÓN: LIBRERÍA ALSINA

AÑO IX

30 DE OCTUBRE DE 1914

NÚM. 121



GENERAL VON KLUCK

Jefe del ala derecha alemana, quien hace del ejército británico
su principal objetivo de ataque

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA, DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES

EDITORES:

MURRAY Y COMPAÑIA

ADMINISTRACIÓN:

LIBRERÍA ALSINA

APARTADO 249 — TELÉFONO 36

SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

CONDICIONES:

Número suelto	c 0-25
Suscripción por un mes	0-50
" " trimestre (adelantado)	1-25
Número atrasado	0-40
Para Centro América los mismos precios.	
Para el Extranjero,	
el 50 % en oro de los precios anteriores (pago adelantado)	

AVISOS, PRECIOS CONVENCIONALES

SUMARIO:

TEXTO

Artemis	ANGELA BALDARES	Don Juan del Bijagual	MARÍA S. LEAL
El Poema de las Piedras Preciosas	RAFAEL CARDONA	La Capilla del Colegio de Sión	
Defectos de la piel en luz visible.	{ GUSTAVO MICHAUD	Una moral canibal	JOSÉ AUSTRIA
	{ J. FID. TRISTÁN	M. Juan Jaurés	
El Bibelot	CAMILO CRUZ SANTOS		

GRABADOS

Srta. Emely Keith.—General von Kluck.—Don Rafael Cardona.—Catedral de Reims.—Defectos de la piel en luz invisible, cinco grabados demostrativos.—Piazzetta, Antiguo Campanario, Palacio Ducal y Basílica, Venecia.—Después de una batalla en las cercanías de Lizy, distrito

de Marne.—Destrucciones en Lieja y Termonde.—Cuerpo de caballería inglesa al regreso de una carga.—Nave principal de la nueva capilla del Colegio de Sión.—Galería de tribunas de la nueva capilla del Colegio de Sión.—M. Juan Jaurés.

Artemis

Para María del Rosario Cubero

De tarde en la clásica Mitilene, la ciudad de Lesbos.

Grupos de paseantes se dirigían a la playa, con la más viva emoción en las caras y los ojos fijos en un punto del mar, por donde se veían dos birremes que se acercaban a la orilla.

¡Qué sorpresa para los habitantes de Mitilene!

En aquellos lejanos siglos antes de Cristo, la nave que llegaba era el correo, cargado de noticias de los ausentes por mucho tiempo ignorados; era el periódico y el libro que contaba

de los países situados más allá del mar, de otras lenguas y otras costumbres.

Pero con gran descontento para los de Mitilene, los birremes torcieron su rumbo, se dirigieron a una de las ensenadas que tanto abundan en la isla y perdiéronse así de vista.

Ya se diluían en el agua los últimos destellos del día, cuando una turba de hombres se lanzó repentinamente sobre los Lesbios aterrorizados: eran los navegantes para quienes preparaban sus manifestaciones de alegría,

eran los terribles carios, los piratas que esparcían el terror en todas las aguas agtadas por sus remos, en todas las costas que pisaban.

Breve fué la lucha. Los hombres huían en busca de armas para defenderse; entre tanto los piratas hicieron algunos prisioneros.

Cuando los ciudadanos volvieron a vengar el ultraje recibido, encontraron la playa solitaria, y en el mar, dos birremes que se alejaban velozmente de la costa.

Entre los prisioneros arrebatados por los carios se encontraba una mujer. Alta y morena. De grandes ojos negros y de mirar sereno, de cabellos oscuros suavemente ondulados, de nariz correcta y boca diminuta y roja.

Todos estos encantos reunidos en un cuerpo que, por lo bello, parecía destinado a servir de modelo para la estatua de una diosa. Y perfumando tanta belleza, en aquella hermosa niña se encontraban reunidos la dulzura, el talento, la bondad y la inocencia.

Artemis—tal era su nombre—tan pronto como se encontró en la nave, adivinó su peligrosa situación. Unica mujer en medio de aquella manada de lobos marinos acostumbrados a saquear, a desolar las costas que tocaban, a estrujar el pudor de las mujeres en su inextinguible sed de placer y lujuria, pronto sería sacrificada su pureza, víctima inocente de la aberración de aquellos miserables.

Los birremes, rápidamente se apartaban de la orilla y Artemis, muda, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabellera y la túnica flotando al viento, miraba las sombras de la isla que se destacaban como un promontorio negro del fondo brillante del mar.

Los «radioses» se le subían desde el corazón a la garganta, pero no los pronunciaba. No quería con sus demostraciones aumentar el peligro de que estaba amenazada.

Los hombres se cambiaban maliciosas miradas, como si con la vista sor-

teasen cuál sería el primero en disfrutar de los hechizos de la linda cautiva.

Fingiéndose no comprender su situación, cuando era más profundo el silencio y sólo se oía el golpear de los remos en el agua y la eterna canción de las olas, Artemis comenzó a recitar con su voz de plata una antigua poesía de su país. Cuando terminó, todos le pidieron que continuara deleitándolos con sus versos. Ella registraba en su mente las más hermosas poesías y las vertía, más que en los oídos, en el alma de los piratas.

Ya les decía del amor, del amor puro y espiritual que persigue el placer y la felicidad suprema de descubrir los encantados rincones del alma, ya recuerdos de la infancia, de la patria, del hogar.

Todos se sentían orgullosos de la prisionera de alma de niño y porte de diosa y avergonzados consigo mismos, bajaban los ojos al solo recuerdo de que, momentos antes, aún creían que la mujer sólo puede ser admirada por su belleza y sólo puede servir como objeto de placer.

Los dioses al hacerla tan bella, comprendiendo que la hermosura puede ser peligrosa si no está custodiada por las cualidades del espíritu, la dotaron de talento, de dulzura y de bondad.

Sintiéndose respetada, desde el trono donde insensiblemente la colocaron sus enemigos, penetró en las oscuras cavernas de los corazones de aquellos desgraciados aventureros; con el mágico poder de sus encantos había roto la dureza rocosa de aquellas almas y de su interior había brotado ese riachuelo de sentimiento que todos tienen, pero que muchos no logran descubrir.

La travesía se prolongó por muchos días.

Artemis, prisionera, viajó como princesa. Al llegar a la isla de Caria los piratas se dirigieron a su rey y le entregaron como tributo la noble hija de Mitilene.

Angela Baldares

Juegos florales de 1914

El Poema de las Piedras Preciosas

Que obtuvo el primer premio (Margarita de Oro)

Al pie del Trono

Enfo: A. S. M. la Reina Emely

Como joven artífice que labra
 el esbelto jarrón de un sentimiento,
 con su fino buril, mi pensamiento
 talla el ánfora azul de la palabra.
 Pongo en ella la misma aristocracia
 que tiene vuestra mano seductora,
 y su pálida veste se colora
 con la rosa hecha sol de vuestra gracia.
 Luego Numen, mi alada fantasía,
 la derrama en sonora pedrería
 que constela los hilos de la alfombra
 por do va vuestro pie... sin hacer sombra!

El Poema de las Piedras Preciosas

... y encontré que cada una de las
 piedras preciosas tenía una naturale-
 za, y por decirlo así, un espíritu, ya de
 Bien, ya de Mal...

ESCENA:

Un jardín. Tenue luna. Primavera...
 El recodo de un lago. Escena sola:
 un canto se adormece y a lo lejos
 se puebla de luciérnagas la sombra.
 Un decorado a lo Perrault, en donde
 los lirios del remanso se deshojan;
 pequeña pausa y el cortejo llega
 recostado en las frágiles carrozas...
 (las frágiles carrozas del cortejo
 son nelumbos de lívidas corolas...)

Del fastuoso desfile a la cabeza,
 que al paisaje quimérico decora,
 el Diamante: monarca de las piedras,
 con manto, cetro y señorial corona.
 Luego el Príncipe Azul, y la Esmeralda
 de pupilas hieráticas y torvas;
 el Rubí, la Amatista y el Topacio,

de airado gesto, excelsitud y pompa.
 El Agata y la tímida Turquesa
 que no puede decir si piensa o llora,
 van seguidas del Opalo de Hungría
 de blanca veste y cabellera blonda.

Es la fiesta ritual donde las gemas
 —las núbiles amadas de la gloria—
 celebran sus fantásticas orgias
 llenando de luciérnagas la sombra,
 cuando alegran sus mágicos fulgores
 las ávidas pupilas de una novia...

... y en el áureo jardín, bajo el misterio
 de la luz, y el perfume de las rosas,
 se alza el canto sonoro y argentino
 cual vuelo de sonámbulas palomas:

EL DIAMANTE

—Fué trágico mi origen:

por darme nacimiento,
 las selvas primitivas en gigante balumba
 se hundieron en la noche con enorme hundimiento,
 y en las vetas sombrías fui como un pensamiento
 que irradiara en el fondo de una lóbrega tumba.
 Fué la luz inefable de mi eterna pureza
 el verdugo divino de los grandes suplicios:
 trastorné las entrañas de la naturaleza,
 y adopté desde entonces la rebelde belleza
 de sus rocas deformes y de sus precipicios.
 Yo ví pasar los siglos:

la fiera primitiva
 que en marcha gigantesca sobre la tierra indócil
 como tronco animado de existencia intuitiva
 rasgaba los breñales, y la tumba furtiva
 donde duermen los huesos del prehistórico fósil.
 Palpé el oscuro seno de las savias potentes:
 la gestación eterna de la materia bruta,
 y con los espejismos de las aguas yacentes
 contemplé de lo hondo los astros ignescentes
 trazar en el vacío su quimérica ruta.
 Y el Tiempo, torpe y grave, cincelaba el granito
 del mundo misterioso sin etapa ni nombre,
 ante el mustio silencio del arcano infinito,
 ¡como si presintiera la llegada del hombre!

... y ví cómo el planeta se pobló de visiones:
 los seres animados de una vaga experiencia
 violaron los secretos de sus vastos arcones,
 y a pasos de camello, las civilizaciones
 comprendieron la Vida por el Arte y la Ciencia.
 Y fué todo el Oriente:

desde el austro lejano
 ayuntaron los hombres su ambicioso desvelo;
 exploraron la Tierra, conocieron mi arcano,
 y al tenerme en la cuenca de su férvida mano
 pareciles un astro desprendido del cielo!
 Después, todos los hombres de innúmeros países
 miraron a la tierra como arca de caudales,
 y del puño cerrado de sus negras raíces
 extrajeron la pompa de mis regios matices
 y exornaron los pomos de los cetros reales.
 Temblé entonces en las copas del angélico vino
 que ofrendaron las uvas del valle Senaar;
 temblé bajo los rizos de la frente de Nino:
 Semíramis me tuvo por el rayo divino
 que brillaba en los dedos de Teglatfalasar.
 Viví en Alejandría coronando la frente
 del ídolo sagrado de Osiris, y de Ammón,
 y a la luz fabulosa de las tardes de Oriente,
 miré soñar a Belkiss, melancólicamente,
 en los ojos astrales del Buen Rey Salomón.
 Soy símbolo de todas las múltiples pasiones:
 mirada en que se abisma la casta juventud;
 en mí se cifran todas las blancas ilusiones
 que luego se desatan en rudas ambiciones
 segando para siempre la flor de la Virtud.

—En Venus Matutina brillé sobre los mares.
 En mi lumbré sin mácula se inspiraba la Grecia

que elevaba a sus dioses los mármóreos altares.
 He ceñido las frentes de explosiones lunares
 y he enjoyado los brazos de la púber Lucrecia.
 Yo soy el soberano de las piedras preciosas:
 soy lágrima y estrella, soy dolor y placer;
 desciendo de unas negras entrañas silenciosas,
 y tengo la pureza de las místicas rosas
 que fingen en las ánforas mejillas de mujer.
 He estado bajo el torno del hábil lapidario
 y he puesto en sus buriles la magia de mi luz;
 he sido en las penumbras el alma del sagrario,
 y en el tosco madero sobre el Monte Calvario
 palpité en las retinas del muriente Jesús.
 Yo soy cosmopolita:

me fecundó el carbono
 en Egipto, en la India, la Sicilia y Sumatra;
 dejé entre las hulleras la majestad del trono,
 y ha siglos que mis gemas bebieron abandono
 en las hondas pupilas de la reina Cleopatra.
 He unido las edades—minutos de mi vida—
 y he puesto ante los ojos fantásticos derroches;
 he visto la culebra del Trípode, dormida...
 La magia de mis venas ha siglos fué vertida
 en los cuentos azules de las «Mil y una noches».
 Yo tengo el iris suave del trémulo rocío:
 la pura transparencia del alma de una hermana;
 imitan mis quietudes parálisis de río,
 y soy como un espejo donde mira el vacío
 de sus astros errantes pasar la caravana.

—Soy caja donde el rayo guardó su fúlgea veste:
 estuche en donde queda prendido el arrebol,
 y tengo la grandeza del piélago celeste
 que adorna de luceros el tálamo del sol!

EL ZAFIRO

... la pradera rubia donde las hadas
 se coronan de zafiros...

Frega, Vora, Yolanda y Melusina...
 Sutileza ideal de las riberas
 del Rhin, en donde todo se prestigia;
 en donde el suelo enamorado siente
 el beso de las horas y las brisas,
 y en donde Bóreas tenue y melancólico
 las ramas peina y las vertientes riza...
 Valles de luna y de silencio, en donde
 la vida acompasada se desliza,
 y en donde ponen los encantos toda
 su orquestación de duendes y de ondinás;
 recodos de leyenda y de pasado
 donde forjan los duendes su divina
 joyería de ensueño, y van los gnomos,
 que consuelan las novias afligidas,
 por las rutas quiméricas, en lo hondo
 de las selvas prohibidas...

*Los patriarcas cuanos, cuyas barbas
 son riberas de lotos florecidas...*

Amigos del prodigio y del misterio
 que guardan el alcázar de la Vida:
 diminutos danzantes de la noche,

de sandalias de luz y áureas pupilas,
 que con los elfos sus hermanos corren
 en las eras de blancas margaritas...
 Los coriganes de cabezas rubias,
 trajes de niebla y mágica sonrisa;
 los nixos que brillando en los estanques
 como llamas de fósforo vacilan...
 Los trolls de vestiduras perfumadas
 que duermen en las rosas pensativas...
 ¡Oh cortejo risueño que los cuentos
 tejieron con las hebras de la brisa!
 ¡Cortejos imposibles que el Ensueño
 forja en las fraguas de la Fantasia!
 ¡Deidades del azul, bebed mis aguas,
 vestid con el color de mis pupilas!

Ved a Frega, la pálida, que llora
 las lágrimas de oro; ved a Melusina
 que enguirnada de blanco las praderas
 con la mágica luz de su varita;
 a Vora, que en los pinos soñolientos,
 pulsa el arpa de notas indecisas;

a Titania la loca, que en la noche,
desciñe al viento la melena undívaga;
ved la rubia Yolanda que deshoja
sus cantos en la fuente cristalina;
a Mab, que en su carroza, por las rutas
musgosas de la selva, pasa y guía
sus dos potros azules (moscas de oro

sutilezas quiméricas distantes,
que sois como un puñado de diamantes
arrojados en medio del camino...
Vosotros, que cuidáis del peregrino:
de todos los cansados caminantes;
que ofrendáis la ilusión a los amantes
y humedecéis las ánforas de vino;



RAFAEL CARDONA,

autor del "Poema de las Piedras Preciosas", laureado con la Flor Natural.

con élitros de luna) que la tiran...

Van pasando las reinas de los cuentos:
Frega, Vora, Yolanda y Melusina...

.....
Origán, Margiolano, Flor del Lino,

Vosotras, oh deidades hiperbóreas
que cantáis en la noche, cuando el bóreas
modula en los pinares su suspiro,
venid para enjoraros con mis gemas:
ornaré vuestras pálidas diademas
con mi azúreo cristal: ¡soy el zafiro!

LA ESMERALDA

Así traduje el secreto de esta piedra
lúbrica y gloriosa...

Yo soy un poco de agua pensativa
que se filtró del fondo de los lagos:
como el Diamante, supe los estragos
de toda la existencia primitiva.
Soy la pálida efígie del Hastío
del Hombre, de la Selva y del Arcano;
una escama del férvido oceano
y un remanso monótono del río...
Yo soy la piedra mórbida, enfermiza
como el espectro de la oscura pena:
por eso me llevaba Magdalena
cuando ungió sus cabellos de ceniza.
Yo guardo el peligroso neurtismo
de un recóndito «mal azul y verde»...
¡Ay de aquel que en mis dédalos se pierde!
Yo no tengo riberas: ¡soy abismo!
Soy el ojo del monstruo que fascina:
el dardo venenoso que se clava;
el fanático filtro de la esclava
y el grisú crepitante de la mina.
Descifraron los magos de Caldea
mis gélidas entrañas, y dijeron:
los dos hijos del rey que se murieron
amaban a la lúbrica Astartea...
Yo soy el ojo inmóvil que medita
bajo la obscuridad de las cavernas,
y que acecha en la sed de las cisternas
la santa beatitud del cenobita.
Soy frescura que engaña: San Antonio
se apartó de mi lúbrica grandeza,
como si fuera mi fatal belleza
algún signo excitante del demonio!
Yo coroné de pámpanos la frente
de Grecia joven, y el jovial veneno,
del culto del dios Baco y de Sileno
un rito popular hizo en Oriente.
Buscad en los racimos de las uvas
la causa que al espíritu contenta:
¡es que el tirsó de Baco las fermenta
en el amplio regazo de las cubas!
Yo soy la placidez de la ribera
que a gozar la existencia te convida:
¡huye de ella, que el agua está podrida!
¡Te engaña su aparente primavera!
Soy copa de cicuta entre los labios
que pidieron ansiosos a la Ciencia,
el origen del mal, la decadencia

de civilizaciones y de sabios...
Soy la piedra del vicio y la lujuria:
del Placer, de los éxtasis, la muerte!
¡La caja de Pandora que se invierte
y la cita traidora de la Furia!
Yo pongo palidez evanescente
en la carne glacial de las ojeas,
y entrego a la caricia de mis fieras
los últimos pudores de la mente.
Nerón vió a mi través los soberanos
esplendores de Roma bajo el fuego,
y en la arena del circo alzarse el ruego
de los rebeldes mártires cristianos.
Yo fui el ojo del mal y la demencia
de los antiguos crímenes ducales:
al pomo de sus ágiles puñales
me llevaron las damas de Florencia.
Guardo en el seno la feroz herida
de la pasión al desbordante celo:
¡temblé en los ojos ásperos de Oтелo
acechando a Desdémona dormida!

* *

¿Qué ha sido del origen placentero
del labio en flor y el alma adolescente
de mi frescura, que ciñó la frente
con sus lazos de luz al padre Homero?
¿En dónde están los pifanos de caña,
las uvas glaucas, las manzanas rojas,
que entre mis otros émulos—las hojas—
llenaron de rumores la montaña?
La luz de los crepúsculos marinos,
¿no vió danzar en ágiles rondeles
en torno a los simbólicos laureles
a los gesticulantes campesinos?...
El campo verde que domó la trilla
celebrando el retorno de su exilio,
¿no inspiraba a Teócrito y Virgilio
la pre-fecundación de la semilla?

* *

Yo encierro los extremos de la idea:
soy la sombra del mal: luz del idilio;
¡satánica en los ojos de Astartea
y angélica en los ojos de Virgilio!

EL RUBI

Mi sér simula el fuego: la llama que devora;
mi sino está en la lumbre brutal de las hogueras;
palpito en las pupilas en celo de las fieras,
e incendio con mis fraguas la nube que decora
con igníficos diseños las verdes cordilleras.
—De aspectos multiformes dotádome ha la tierra;
mutísimo de remanso, solemnidad de mar:
— las dos polaridades que el corazón encierra —

feroces las heridas de la implacable guerra
 y dulcemente rojas las brasas del hogar.
 Soy sangre de los hombres:
 en mi cáliz eterno
 bebieron los humanos su beligeró afán:
 filtrado por las vetas hacia el tripode interno,
 caí sobre las llamas bullentes del infierno
 y salpiqué de rojo las alas de Satán.
 Bandera de los héroes de púgiles hazafías
 que enjoyaron sus armas con la sangre vertida;
 ¡fontana inextinguible, por cuya abierta herida,
 los flujos impetuosos—volcán de las entrañas—
 invaden en torrentes las selvas de la vida!
 Bosquéjase en mis aguas el símbolo divino:
 ¡ser sangre de los justos!—Alcázar soberano
 que tras de la tortura tiene abierto el destino.—
 Encierro Muerte y Gloria: por el mismo camino
 se hicieron inmortales Juana de Arco y Giordano.

Decoran mis jacintos las manos femeniles;
 escucho en las hogueras los cantos pastoriles
 las noches de San Juan;
 mis émulos granates decoran las manzanas
 que luego entre los labios de mozas aldeanas
 su gloria cantarán.
 Los coros de las ninfas de pie rosado y breve;
 la rosa centifolia, copón en donde bebe
 la abeja del jardín;
 los granos del caféto, las pulpas esponjadas,
 —estuche en donde guardan mis gemas las granadas—
 ¡joyeles de carmín!
 Decoro los perfiles de los nevados montes:
 con sangre de mis senos, los vastos horizontes
 teñidos de arrebol,
 enjóyanse las fimbrias de rúbricos encajes
 que fingen desde lejos plétóricos ropajes
 en donde muere el sol!
 Del vientre áspero y rudo, los cíclicos volcanes
 desatan en las selvas - cual pétreos huracanes—
 su roja tempestad;
 sepúltalas su aliento forzando las cadenas,
 y entonces, en las sombras, fecúndase en mis venas
 la eterna actividad!

LA AMATISTA

Digna tan sólo de la ungida mano:
 mística gema del claustral decoro,
 donde cantan «los órganos de oro»
 la angusta majestad del dios cristiano.
 Cetro del alto Emperador Trajano:
 diadema de Almanzor, califa moro;
 ¡pompa celeste donde oficia el coro
 del César y Pontífice Romano!
 El ático cincel de Benvenuto,
 en los bordes del cáliz impoluto
 incrustó mis románticas facetas,
 para que, protegida por la capa,
 la sombra ávida y trémula del Papa
 se embriagara con vino de violetas...

En el fuego lunar de mi opulencia
 ha nielado el artífice suntuario,
 un minúsculo y fino relicario
 con el texto en latín de una sentencia.
 Símbolo grave de ritual clemencia
 que pende del litúrgico rosario,
 como cárdena rosa del Calvario
 en el pecho de un Papa de Florencia.
 Majestoso pectoral de Gloria
 de Alejandros y Píos, cuya historia
 colma de gemas el arcón romano,
 y que, cuando el Pontífice aparece,
 es un ramo de lilas que florece
 asomado a un balcón del Vaticano...



CATEDRAL DE REIMS

La reina de las catedrales góticas, destruida por los alemanes el mes de setiembre de 1914.

Reims era la ciudad real donde se consagraban los Reyes de Francia. En su bellísima catedral vió Juana de Arco ungir a Carlos VII.

El edificio fué construido en su mayor parte en la primera mitad del siglo XIII; la fachada se acabó el siglo XIV. Fué su primer arquitecto Juan de Orbais y la fachada y parte de las obras se deben a su continuador Roberto de Conzy.

Defectos de la piel en luz invisible

Por Gustavo Michaud y J. fid. Tristán,

Profesores de la Escuela Normal de Costa Rica

(Traducido del "Scientific American", Dic. 27, 1913, para *Pandemónium*)

Los defectos de la piel son más numerosos y resaltan más en fotografías de gran tamaño, usando placas corrientes rápidas, que en el original. Por otra parte los fotógrafos saben que en los retratos hechos con placas ortocromáticas y un filtra rayos amarillo, los defectos de la piel se reproducen poco más o menos como son y que no exigen un retoque tan minucioso y prolongado como los retratos hechos sin aquel filtro, usando placas corrientes. Estos hechos parecen mostrar que las diferencias entre el poder reflector de los distintos elementos de la piel son tanto mayores cuanto menor sea la longitud de onda de la luz que impresionó la placa. Nos pareció interesante



FOT. I.

Hecha en luz ultra violeta; 3150-3250 unidades Angstrom

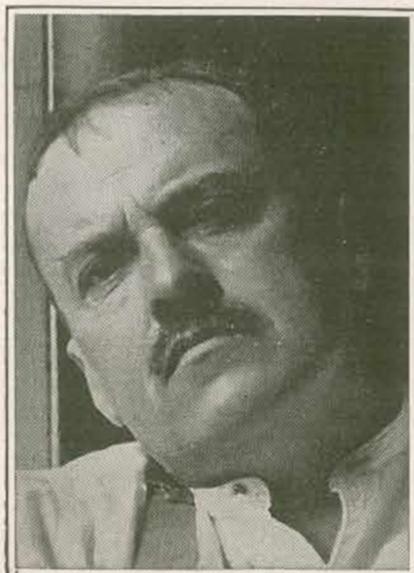


FOT. II.

Hecha en luz ultra-violeta; 3700-4300 unidades Angstrom.

comprobar la existencia de tal ley más allá de los límites del espectro visible y con este objeto hicimos tres grandes fotografías de la cabeza de un hombre de 53 años, en el infra-rojo y en dos regiones distintas del ultra-violeta. Una cuarta fotografía del mismo individuo, hecha en luz visible nos facilitó las comparaciones. En el diagrama que se acompaña se da en Unidades Angstrom, (*) las longitudes de onda precisas que se usaron en cada fotografía, así como también la descripción del filtra-rayos empleado en cada caso, para excluir de la luz solar toda

(*) Una Unidad Angstrom corresponde a la diez millo-ésima parte de un milímetro.



FOT. III.

Hecha en luz visible; 4700-5200 unidades Angstrom.

longitud de onda que no fuera la escogida.

En el invisible infra-rojo los defectos de la piel se atenúan de tal manera que no se notan. Los varios elementos de la superficie de la piel reflejan la luz infra-roja de un modo tan completo como el mármol blanco la luz solar visible. La analogía es tal que si no fuera por el pelo negro se podría creer que la fot. n^o 4 es la de una cabeza de mármol.

En la fot. n^o 3, hecha con luz visible, se ven aparecer las primeras manchas y puntos oscuros tan molestos para el fotógrafo aficionado que no ha aprendido el arte difícil de retocar.

El más hábil de los retocadores quizás se declararía vencido a la vista de la fot. n^o 2, hecha exclusivamente con las radiaciones comprendidas entre 4300 y 3700 unidades Angstrom, pues es imposible hallar un solo centímetro cuadrado que no esté cubierto con una red de líneas y puntos oscuros o brillantes que forman figuras diferentes en distintas regiones. El aspecto de la fotografía es el de algún caso interesante de enfermedad de la piel desti-

nado a ilustrar alguna obra de medicina.

El lente de cuarzo con el cual hicimos la fot. n^o 1 no define bien los detalles y esto constituye un inconveniente serio. Sin embargo, debido a que la película de plata no deja pasar más que una fracción muy limitada del espectro y que el ángulo abarcado fué siempre pequeño, ni el acromatismo, ni el astigmatismo fueron tan molestos como la aberración esférica. Esto se subsanó parcialmente con un lente de cuarzo periscópico, cuya convexidad se dirigió hacia la cara del individuo fotografiado. En la vecindad de 3200 unidades Angstrom la absorción del ultra-violeta por la piel blanca es poco más o menos igual a la de la piel del negro con la luz visible y este hecho tiende a disminuir los contrastes entre los defectos de la piel. Estos son sin embargo mucho más marcados en la fot. n^o 1 que en la hecha en la luz visible. Es además probable que la corrección del lente de cuarzo, hecha por un lente de fluorita, haría resaltar todavía más estos defectos.

La exageración y multiplicación de



FOT. IV.

Hecha en luz infra-roja; 7300-7800 unidades Angstrom

DEFECTOS DE LA PIEL EN LA LUZ INVISIBLE

Visibility of RADIATIONS.	VISIBLE					INVISIBLE	
	Ultra-Violet	Violet	Blue	Green	Orange		Red
NAME of RADIATIONS							
WAVE LENGTH in Angstrom units	4000 3900 3800 3700 3600 3500 3400 3300 3200 3100 3000 2900 2800 2700 2600 2500 2400 2300 2200 2100 2000						
Light which did the work on the photograph, the number of which appears on line below.	1	II	III			IV	
Photograph number	Foucault's silver film on quartz lens	Walter and Manwright's Ultra-violet	Light yellow, picric acid			Pol Woods cobalt glass and yellow stained film.	
Description of ray filter	Ordinary fast.	Ordinary fast.	Ordinary fast.			Walter and Manwright's spectrum, panchromatic sensitive to the infra-red.	
PLATE							

Fig. V. Diagrama que da, en unidades Angstrom, la longitud de onda escogida para cada fotografía y también la naturaleza del filtro empleado para aislar tales longitudes de onda en la luz solar.

los defectos de la piel en las fotografías hechas con luz ultra-violeta no es un fenómeno muy extraordinario si se recuerdan las numerosas diferencias que ha revelado el estudio fotomicrográfico de los tejidos vegetales y animales por medio del filtro Uviol de Zeiss. Tales diferencias parecen ser la regla no sólo entre las sustancias proteicas sino también entre los cuerpos nitrogenados en general. En una fotografía de un grupo de alcaloides que hicimos en luz ultra-violeta, más de la mitad de estas sustancias salieron negras. La celulosa (véase la camisa

del individuo retratado), el almidón, el azúcar permanecen siempre blancos en tales circunstancias.

Los Histólogos nos dirán un día en qué consisten las diferencias de composición química entre los elementos de la piel que absorben la luz ultra-violeta y los que la reflejan. Mientras tanto, las señoras que deseen mejorar su apariencia personal, cuando están en casa, harían bien en suprimir las luces, sombrillas, alfombras y papeles de color morado o azul y usar, siempre que fuera posible, luces de color rojo rubí.



La Piazzetta, el Antiguo Campanario, el Palacio Ducal y la Basílica, en Venecia.

LA COSECHA DE LAS PASIONES HUMANAS. LAS VICTIMAS DE LA GUERRA.



El triste cuadro que aquí reproducimos representa un campo en las cercanías de L... el distrito de Marne: en ese lugar se ven los soldados que cayeron en el combate. Los que hallaron allí la muerte pertenecían a un famoso regimiento alemán compuesto de jóvenes ricos, de posición social y estudiantes de Universidad.

El Bibelot

(De "Cuentos fáciles")

Con un gesto de hombre fatigado y alegre, miró Héctor su reloj; eran las dos; alzóse de hombros; arrojó después el abrigo y el sombrero de copa sobre una butaca; quitóse con negligencia el frac y el flamante chaleco gris, y así, a medio desvestir, se tendió en el canapé y dióse a pensar formalmente en su ventura.

Nelly, la encantadora Nelly, le había confesado aquella noche que le amaba desde hacía algunas semanas. Esa confesión, arrancada en un momento de dulce abandono, abría ante su espíritu un miraje plácido.

El porvenir... eso es; el porvenir era suyo!...

Y metido por aquella senda de amables abstracciones, púsose a saborear por anticipado de todos y cada uno de los goces inefables que debía ofrecerle la no lejana posesión de aquella deliciosa muñeca rubia.

Veíala sentada sobre sus rodillas, hundiendo sus manecitas de seda entre sus alborotados cabellos; y veíase él, estrechando la menuda cabeza de ella por las sienes, con unción, y besándola... ¿en dónde?... ¿En la garganta de nieve?... No; en la nuca...

Parecía un muchacho feliz, y merecía serlo. ¡Ah! si ese embuste poético que hemos convenido en nombrar «Felicidad», por raro capricho hubiese deseado pasar un día ¡uno sólo! entre los hombres de seguro habría escogido aquel departamento de soltero, decorado con esquisito gusto..., pero esa hermosa hurafia no hace tonterías...

Héctor no era un buen mozo; tenía sí un rostro agradable, jovial, un cuerpo flexible, y era simpático. Además, tenía veintisiete años, y a esa edad un hombre que sabe vestirse nunca desagradaba a las mujeres.

Era un empleado modelo. El Gerente le apreciaba mucho, pues le era muy útil. Lo había visto ir ascendien-

do poco a poco hasta conquistar su bella posición de cajero y de secretario privado del Administrador. Para éste, Héctor era algo más que una esperanza, y si el buen yanqui hubiera tenido una hija, tal vez no se hubiera violentado mucho para entregarla aquel joven, que era el llamado a sucederle en la dirección de la casa de banca.

Como ganaba muy bien y tenía juicio, sus economías alcanzaban ya a unos cinco o seis mil dólares. Por eso la idea de casarse con Nelly no le pareció un disparate. Bien es verdad que estaba locamente enamorado y que la mujer, amigos míos, es capaz de privar del sentido práctico hasta al cajero de una sinagoga.

Nelly era una señorita de nuestro gran mundo; pertenecía a una de esas familias privilegiadas—los Valeras—que viven con lujo, pero cuya verdadera situación económica es un enigma. El vulgo dice: «son muy ricos»; las gentes que frecuentan sus salones piensan: «estos no lo pasan mal»... Sólo ciertos banqueros complacientes *están en el secreto*...

Nelly era linda, con una belleza frágil y artificiosa de muñeca y de *cocotte*. Chapurreaba el francés y el inglés, y sabía decir: «¿Le intereso a Ud.?» en todos los idiomas; tocaba el piano y vestíase y pintábase con primor. Era, en fin, una niña adorable y perfecta.

Pero muy cara... Así, al menos, opinaba la señora madre de Héctor, matrona severa, educada en la escuela antigua, llena de horror a la gentuza y hermética ante las tolerancias y complicaciones de nuestros tiempos.

Doña Lola desaprobó, pues, en silencio, la elección de su hijo; porque algunas madres tienen el instinto de la realidad, cuando se trata del bienestar de los suyos. Esperó que se le consultara, y cuando él se decidió a

hablarla, comprendió que ya era demasiado tarde.

Poseía algunos bienes, pocos, fuera de la casa y de sus joyas, reliquias de un pasado mejor. Pero, a veces, se ayudaba tomando algo de lo que ganaba Héctor.

La boda fué rumbosa. Nelly «dió el golpe»: iluminación soberbia, festones de flores, mucho champaña, mucho automóvil... y el *trousseau*, de París.

La instalación de los novios fué también costosa: mobiliario Luis XV, cortinajes, tapices, jarrones con plantas exóticas, pájaros... todo muy elegante, muy *chic*.

En verdad, el estuche era digno del *Bibelot*...

Arrastrado por aquella ráfaga de grandezas, Héctor apenas si advirtió que los preparativos nupciales habían evaporado las economías de nueve años de trabajo. Era justo: «como los Valeras eran tan ricos»...

Héctor y Nelly pasaron la luna de miel en una quinta alquilada en clima frío. (Un diluvio de locuras y de caricias; una semana en el único de los mundos posibles...)

Cumplida su licencia, Héctor volvió a instalarse frente a la ventanilla metálica de Thompson & Co. Revisó su libro de Caja, y viendo hasta los intereses compuestos al través de un diáfano prisma azul, trató de adquirir el control de sí mismo, encarrilando su vida de orden.

Apenas pasado el período álgido del matrimonio, Nelly era el árbitro de la situación. Zalamera o imperiosa, imponía todos sus caprichos y dilapidaba el dinero que era una maravilla. Claro está que al principio Héctor era demasiado dichoso para darse cuenta exacta de los hechos; más, paulatinamente, el buen sentido, la naturaleza misma de las cosas, principiaron a esclarecer su cerebro, y comenzó a temer que en un futuro más o menos próximo se vería en dificultades económicas. Pronto tuvo que recurrir a su madre, quien, abnegada y solícita,

cedióle todo lo que la quedaba, excepto la querida casa solariega, piedra angular de la familia venida a menos, que aún retuvo su prudencia maternal.

Héctor empezó a recorrer piedra a piedra su «calle de la amargura»; a sufrir esos pequeños suplicios del hombre recién casado que se resiste y duda antes de tratar con su mujercita de asuntos de dinero.

Desde el primer mes de la boda los hermanitos de Nelly tomaron la casa por asalto; rompían la vajilla, destruían los muebles, manchaban las alfombras... Una vez Héctor sorprendió a unos de sus cuñaditos recortando con las tijeras las ilustraciones de un tomo de «El Consulado y el Imperio», de Thiers,—ante la mirada impasible de Nelly. No pudo contenerse ante el destrozo de aquel libraco, y, tranquilo, casi sonriente, bajó del estante el otro tomo para que el angelito continuara su tarea.

En estas cuestiones de régimen interior, Nelly tenía ideas propias, creía, sinceramente que, puesto que las cosas no son eternas, es igual que se acaben de un modo o de otro.

Una temporada de Opereta obligó a Héctor a cometer una irregularidad en su empleo: a pedir por primera vez un anticipo a la Casa. Vaciló mucho antes de hablarle al principal. Parecíale que iba a proponerle una cosa indigna. Pero la idea no fué de él, sino de Nelly:

—Pide dinero adelantado; todos lo hacen.

Era natural que su mujer viera los estrenos de las últimas creaciones de Franz Lehár, y Héctor se atrevió.

El astuto banquero, imperturbable, clavó sus pupilas de acero en el rostro pálido de Héctor, leyendo en él como en un balance.

—Está bien, por está vez—le respondió.

Antes del segundo aniversario del enlace, la madre de Héctor tuvo que hipotecar la antigua casa, para hacer frente a las deudas del joven matrimonio. Llegaron los festivales cívicos; vinieron legaciones; hubo bailes y *garden-parties*... En todos ellos Nelly

exhibió sus brazos mórbidos y sus hombros de estatua.

Héctor se iba convirtiendo en una máquina de cancelar facturas. Su mujer hacía cuentas por todas partes. Los tenderos y las modistas se aprovechaban. Héctor no discutía nunca; pagaba siempre, con una especie de dolorosa terquedad. Sabía que aquello era absurdo; que iban al fracaso. Pero estaban tan metido en esa vida de elegante desorden, de derroche suntuoso, que él mismo no imaginaba siquiera cómo acertaría su mujer a vivir de otro modo. Y cada vez más enamorado de ella, era más delicado y más rendido, para embriagarse, para aturdirse en las caricias, como el taurín a quien el mismo vértigo del azar embotaba la visión de la ruina inevitable.

Parecía que a fuerza de delicadeza y de cariño, ella comprendería y sería razonable. Pero no era así: Nelly creaba una necesidad en cada nueva concesión que Héctor le hacía, y sus exigencias no tenían fin.

Una nube de adoradores mariposeaba en torno del frágil *Bibelot*, prodigioso mecanismo de placer, haciéndola el *flirt*, y obligando a Héctor a tomar en serio su irónico papel de príncipe consorte de una reina de salón.

A la postre, doña Lola, acongojada, tuvo que entregar su casa a los acreedores, yéndose a vivir con su nuera.

La presencia de la noble señora en nada alteró los hábitos fastuosos de Nelly, ni en un ápice su frivolidad mundana. Y así, de más cerca, fué más honda la angustia de la pobre madre, mudo testigo del cercano desastre de aquel drama conyugal.

Héctor se decidió por fin a afrontar una explicación formal con su mujer.

—Esto no puede continuar así—le dijo—en tono reposado y amistoso—vamos a la miseria. Me parece que tú...!

Ella objetó:

—Gasto mucho ¿verdad? Recuerda que el marido de Luisa Cáceres gana menos que tú, y ella no se priva de nada. No puedo andar hecha un marracho, ni tú mismo lo consentirías... O por ventura creés que valgo yo menos que Luisa?

—No creo nada; pero convén conmigo que es menester que entre tú y la Cáceres, y entre su marido y yo, haya algunas diferencias. Ellos...

—Sí, sé lo que dicen; pero tú deberías despreciar la maledicencia de las gentes. Además, recuerda la historia del *pendentif*... Todas mis amigas ya tienen uno...

Efectivamente, Héctor se había negado a complacer a Nelly, comprándole esa chuchería de moda que importaba el sueldo de un mes. Resistencias de marido inconsecuente; la pobrecita tenía razón.

El acabó por izar bandera blanca, y el conflicto se aplazó con un beso: lo de siempre. Y, como el que sabe que se va a estrellar, Héctor cerró los ojos...

*

En su afán de ganar tiempo y de arbitrar fondos, Héctor firmaba vales a diestra y siniestra, y canjeaba por pagarés las cuentas de los almacenes y de las modistas. Llegaron los primeros vencimientos, y apenas si pudo recoger algunos, y renovó otros. Más, esta gimnasia no se puede continuar indefinidamente, y llega un momento en que no hay combinación posible, en que es preciso pagar. Héctor había agotado su crédito, y no pudo; un prestamista le embargó el sueldo.

Cuando el pinche del juzgado se presentó a notificarle al Gerente, el cajero se puso lívido. Según la costumbre tradicional, se le plantaría en la calle. Y así fué. Cuando volvió de almorzar, encontró sobre el escritorio una carta lacónica, dándole las gracias por sus servicios. ¡El fracaso!

Y aquel infeliz, con la inconsciencia de una acémila que se encamina al establo, dirigió sus pasos a su casa, y cayó en los brazos de su madre. La buena señora lo comprendió todo y lloró mucho.

Las madres casi nunca consiguen ser nuestro guía; pero siempre son nuestro refugio.

Nelly estaba ausente. Regresó a la hora de comer. Vestía un traje claro de calle. Tuvo que sentarse sola a la mesa, porque doña Lola y su hijo no

estaban para éso. Su doncella le contó lo que había visto; el resto lo supo más tarde por Héctor.

—Está bien — dijo entristecida, — tendré, pues, que volverme a casa de mis padres.

—¿Te vas? — le dijo Héctor, atónito, tratando de asirse aún a esa mujer, con obstinación de maniático.

—Sí; me voy... no quiero ni debo serte gravosa.

—¿Me dejas? — insistió él con los ojos enrojecidos por lágrimas rebeldes.

—Sí; cree que me duele... pero comprendo que debo irme.

Entonces Héctor exclamó fuera de sí:

—¡De modo que ahora me abandonas; tú, tú que has sido la causa de mi ruina! ¡Me abandonas!...

—No te pongas pesado, alma mía; eres injusto: ¿si tú no podías sostenerme, para qué te casaste conmigo?... En casa nada me faltaba.

—¡Sí! ¡Sí!, tienes razón, ¡Nelly!... Sabes, ¡he sido un imbécil!

Y, bruscamente, dirigióse al escritorio en busca de su revólver, como un autómatas, rugiendo entre dientes: «¡un imbécil!... ¡un imbécil!...»

Cuando ocurrió el estallido, Nelly sollozaba con la rubia cabecita entre las manos, y la madre de Héctor oraba en su alcoba ante una imagen de la Virgen...

El *Bibelot* cambió de estuche...

Camilo Cruz Santos

folk-lore costarricense

Don Juan del Bijagual

Recoido este cuento popular en Santa Cruz del Guanacaste por la liteligente y laboriosa señorita María S. Keal.

En mitad de un bosque muy retirado y muy tupido, en donde con dificultad entraban los rayos del sol, vivía un pobre muchacho, al parecer un alma de Dios. Su casa era una chocita mal abrigada con hojas de bijagua, de las mismas que le servían de vestido. Dormía en el suelo sobre un nido de hojas secas, y se alimentaba con los productos de la pequeña huerta, única herencia que le dejaron sus padres. El no sabía lo que era recortarse el pelo, ni mucho menos las uñas; por eso, al verle, inspiraba miedo.

Un día que entró a su huerta encontró en ella a un pobre Conejito; iba a darle muerte, cuando oyó que le decía: «No me mates, Juan, yo te prometo hacerte el más feliz de los hombres».

Juan, más por compasión que por interés le perdonó la vida, y desde aquel día vivieron como dos buenos amigos en la choza.

Pasaron días y más días sin que el

conejito hiciera nada por la felicidad de Juan. Pero sucedió que una mañana de tantas, no amaneció en la casa, lo cual dió origen a que Juan lo tratara de mal agradecido, creyendo que se había ido a reunir con sus otros compañeros. Mientras tanto, el Conejito se encaminaba con paso ligero hacia el palacio del Rey, a donde llegó después del mediodía.

En un principio los guardas de palacio no querían dejarlo entrar, pero el Rey, que lo había visto, dió orden de que lo dejaran llegar hasta él. El conejito saludó con mucha cortesía. El Rey le brindó asiento y le preguntó a qué obedecía aquella visita.

«Señor, contestó el Conejito: Vengo de parte de don Juan del Bijagual a solicitar de usted una vasija de medir las monedas de plata, pues don Juan no tiene por el momento».

El Rey, sorprendido ante tal petición y lleno de curiosidad, preguntó: «¿Y quién es ese señor? Debe ser

muy rico, puesto que necesita de una vasija para medir el dinero y no entretenerse contándolo...!»

«Sí, señor, contestó muy seriamente el Tío Conejo; don Juan es el hombre más rico que hay sobre la tierra».

El Rey se levantó del trono y fué a traer un hermoso jarrón de plata que entregó al Conejito diciendo que con ese medía su dinero, y que su palacio estaba a las órdenes de don Juan.

El Conejito dió las gracias y se marchó. Cuando llegó a su casa o sea la choza de Juan, guardó el jarrón cuidadosamente en una esquina, sin decir nada.

Tres días después regresó al palacio del Rey llevando el jarrón. Por casualidad encontró en el camino una moneda de plata de veinticinco céntimos, y la puso en el fondo de la vasija. Llegó a casa del Rey y se la entregó; le dijo que don Juan estaba muy agradecido por el ofrecimiento del palacio y la buena voluntad con que le había servido. En seguida se fué.

«¡Conejito, Conejito! gritó el Rey, mire, aquí hay una moneda».

«No tenga cuidado, replicó el Conejito, eso no vale nada para don Juan, pues de eso están pavimentados los establos de su pertenencia, ¡adiós!»— y se fué.

Pasado algún tiempo, volvió el Conejito a casa del Rey y le dijo: «Manda a decir don Juan del Bijagual que le haga el favor de prestarle la vasija que usted usa para medir las monedas de oro». «Con mucho gusto, contestó el Rey», y fué a traer un valioso jarrón dorado. El Conejito se marchó muy pronto, y una vez en su chocita guardó el jarrón en la misma esquina, dedicándose a ayudar a Juan en la limpieza de la huerta.

Después de cuatro días, fué al palacio a dejar el jarrón. Esta vez dijo al Rey: «Dice don Juan que le haga el favor de prestarle la vasija que usted usa para medir diamantes y perlas, y la de medir otras piedras preciosas de menos valor». Buscó el Rey entre los objetos valiosos que poseía, dos hermosas copas: una de plata muy bien labrada y otra de oro, con el borde incrusta-

do de perlas y las entregó al Conejito, que se marchó inmediatamente.

No pasaron muchos días sin que volviera al palacio a dejar las copas, y sin entretenerse regresó a su casa.

Una mañana, muy lluviosa por cierto, dijo a Juan el Conejito: «Vamos a la ciudad porque el Rey desea verte, pero antes de irnos, debes prometerme absoluta obediencia y no abandonarme nunca».

Juan se sometió gustoso a la voluntad de su amiguito y bajo una lluviacita menuda abandonaron su rústica vivienda. Al caer la tarde, llegaron a las primeras casas de la ciudad en donde Juan se quedó escondido. De camino, el Conejito había tenido el cuidado de enlodarse y meterse luego en un poco de agua sucia. Así se presentó ante el Rey diciendo: «Manda a decir don Juan del Bijagual que le haga el favor de prestarle un vestido y algún dinero, pues hemos tenido la desgracia de perder las maletas y la portamonedas, al pasar el río que estaba muy crecido. Las mulas que traíamos se ahogaron y se las llevó la corriente junto con los regalos con que don Juan iba a obsequiar a usted».

Inmediatamente mandó el Rey que alistaran el mejor de los carruajes, y él personalmente buscó un magnífico vestido y dinero que entregó al Conejito. Uno de los criados del Rey iba a llevar el coche, pero no lo permitió el fiel Conejo, pues no quería que vieran a Juan en las fachas en que iba; por lo cual lo condujo él mismo hasta el lugar en donde había dejado al distinguidísimo señor don Juan del Bijagual. Lo primero que hizo el tío Conejo fué llevar a Juan al baño, recortarle luego las uñas, y vestirlo con la mayor decencia posible. De allí pasaron en el carruaje a una barbería en donde dejaron a don Juan como un príncipe. Mientras tanto en el palacio del Rey estaban haciendo grandes preparativos para recibirle. Desde el Rey hasta el último de los criados vestían de gala.

No tardó mucho don Juan en llegar, y numerosos criados salieron a recibirle; el Rey, la Reina y la Princesa sobre todo se deshacían en atenciones.

Si alguien de nosotros hubiera entrado en aquel momento al palacio, se habría creído transportado a la gloria. Allí se respiraba un aire perfumadísimo y se oía una música divina.

El Conejito no se separaba un momento de Juan, con el fin de aconsejarlo e indicarle la manera de conducirse. Hubo varios días de fiesta, después de los cuales aconsejó el Conejito a Juan que pidiera la mano de la Princesa. Y efectivamente así lo hizo.

El Rey contentísimo accedió a la petición de don Juan y pronto, muy pronto, lo convirtió en su yerno. Con tal motivo hubo algunos días más de fiesta.

Después de estos acontecimientos debía marchar don Juan con su esposa, la Princesa, a su Palacio.

Tanto el Rey como la Reina y demás señores de la Corte ansiaban conocer el famoso palacio de don Juan. Por lo cual todos salieron en una mañana muy bonita que no daba señales de lluvia. Todos iban felices y alegres, menos don Juan, por motivos que deben suponerse; pero él trataba de ocultar su pena, mostrándose tan contento como los otros. El Conejito constituido en guía, marchaba delante de la comitiva, charlando con uno de los criados.

Habrían caminado dos horas próximamente, cuando salió el Conejito a toda carrera taloneando su caballo, y perdiéndose de vista muy pronto. Pero como no había otro camino más que aquel, no había por consiguiente peligro de extraviarse.

El corrió mucho, y más ligero que el viento hasta llegar a un palacio cuya belleza dejaba pasmado a cualquiera. Estaba rodeado de jardines en los cuales había árboles con frutas muy extrañas que brillaban como la estrella de la tarde. Además, el palacio encerraba toda clase de riquezas, y pertenecía a las señoritas Hormiguitas Laboriosas.

El Conejito llegó dando grandes voces; decía: «Hormiguitas, vengo a salvaros, a libraros de la muerte, meteos todas en este saquito para que no os pueda ver el gigante, oigan, ya viene». Lo que se oía era el ruido que produ-

cían los caballos de la comitiva del Rey. Las Hormiguitas le creyeron, porque ellas no sabían que en el mundo vive doña Mentira, persona peligrosísima; por esto, todas sin excepción se metieron en el saco que tenía el tío Conejo. En cuanto estuvieron todas dentro, el Conejo puso también una piedra y amarrando la boca al saco la tiró al río. Después entró al palacio; buscó las llaves de todas las habitaciones, las colgó en una percha y salió al encuentro del Rey.

Con muestras de la mayor sorpresa, dijo: «Pero ha visto qué cosas más raras pasan en este mundo! ni uno solo de los criados ni criadas se hallan en el palacio, no me explico lo que ocurre». Nadie le ponía atención por contemplar el palacio. Por fin le hicieron caso y mandó el Rey que todos los criados y criadas que iban con ellos se quedaran para siempre con don Juan.

El Conejito con el montón de llaves en el hombro, fué mostrando uno a uno los cuartos que encerraban los tesoros: monedas de oro, plata, perlas, diamantes, rubíes, etc. Todo allí era deslumbrante.

Una semana permaneció el Rey en el palacio de don Juan, y cuando regresó al suyo, lo encontró horrible.

Mientras tanto don Juan, felizmente vivía con su esposa y su amigo el Conejito.

Un día amaneció éste muerto en la cocina, le avisaron a Juan y entonces mandó a uno de los criados que lo tirara en una zanja. El criado así lo hizo, pero el Conejito que no estaba muerto en realidad, se levantó y dijo a Juan: «¿Así me pagas el servicio que te he hecho? Vas a pagar muy bien tu acción» y al instante se vió Juan con la Princesa en la choza del bosque. Entonces, de rodillas suplicó Juan a su protector que lo perdonara y le juró y rejuró que no lo haría así en adelante. Compadecido el Conejito lo trasladó de nuevo a su palacio.

Juan cumplió su palabra, pues un año más tarde, cuando murió el Conejito, le hizo un magnífico entierro y tanto él como la Princesa vistieron de luto por muchos años.

DESTRUCCIONES EN LIEJA Y TERMONDE



Alemanes examinando los efectos de sus grandes cañones de sitio entre las ruinas del Fuerte Loncin, en Lieja.



Hotel de Ville en Termonde, incendiado por los alemanes antes de evacuar la ciudad.



Campanas que cayeron con el incendio, después de haber sonado por muchas centurias.



EN EL CAMPO DEL HONOR

Cuerpo de caballería inglesa al regreso de una carga

La Capilla del Colegio de Sión

Este bello edificio es, sin duda, una de las más lindas obras de arte arquitectónico que posee nuestra capital.

Esta capilla y sus dependencias fueron construidas, en cemento armado, por el Ingeniero Constructor don Pedro Falsimagne, concesionario para Panamá y Costa Rica de las patentes de la casa Hennebique, de París. Los planos de la obra fueron hechos por arquitectos de la casa, que garantiza la perfección de las obras que se ejecutan bajo su dirección, por sus concesionarios. Estos planos comprenden toda la parte artística y técnica de la obra, de la manera más detallada y completa y en ellos se indica con toda precisión el diámetro, número, peso y modo de colocación de las varillas de acero que entran en cada una de las fundaciones, muros, pilares, pisos, arcos, bóvedas, etc., para que la obra resulte monolítica y ofrezca el máximo de estabilidad y resistencia.

La obra es de estilo romano, sencillo y severo, pero grande y de gran hermosura.

El cuerpo de la capilla está formado, como en casi todas las obras de su género, por una nave principal y dos laterales, separadas por dos hileras de cinco pilares cuadrangulares terminados en arcos. Sobre las naves laterales hay una galería de tribunas, en comunicación con el coro, erigidas sobre un piso de cemento armado. En el fondo del presbiterio se destaca, sobre el altar, la ventana que hace resaltar con un juego de luz muy bien combinado, la imagen de la Virgen de Sión.

La decoración interior es en extremo sencilla, pero como se dijo antes, la obra produce la mejor impresión por su severidad y hermosura. Lateralmente, ornamentan las naves veinticuatro vitrinas conjugadas o dobles fabricadas por la casa Ch. Champigneulle de París. Los pisos son de la-

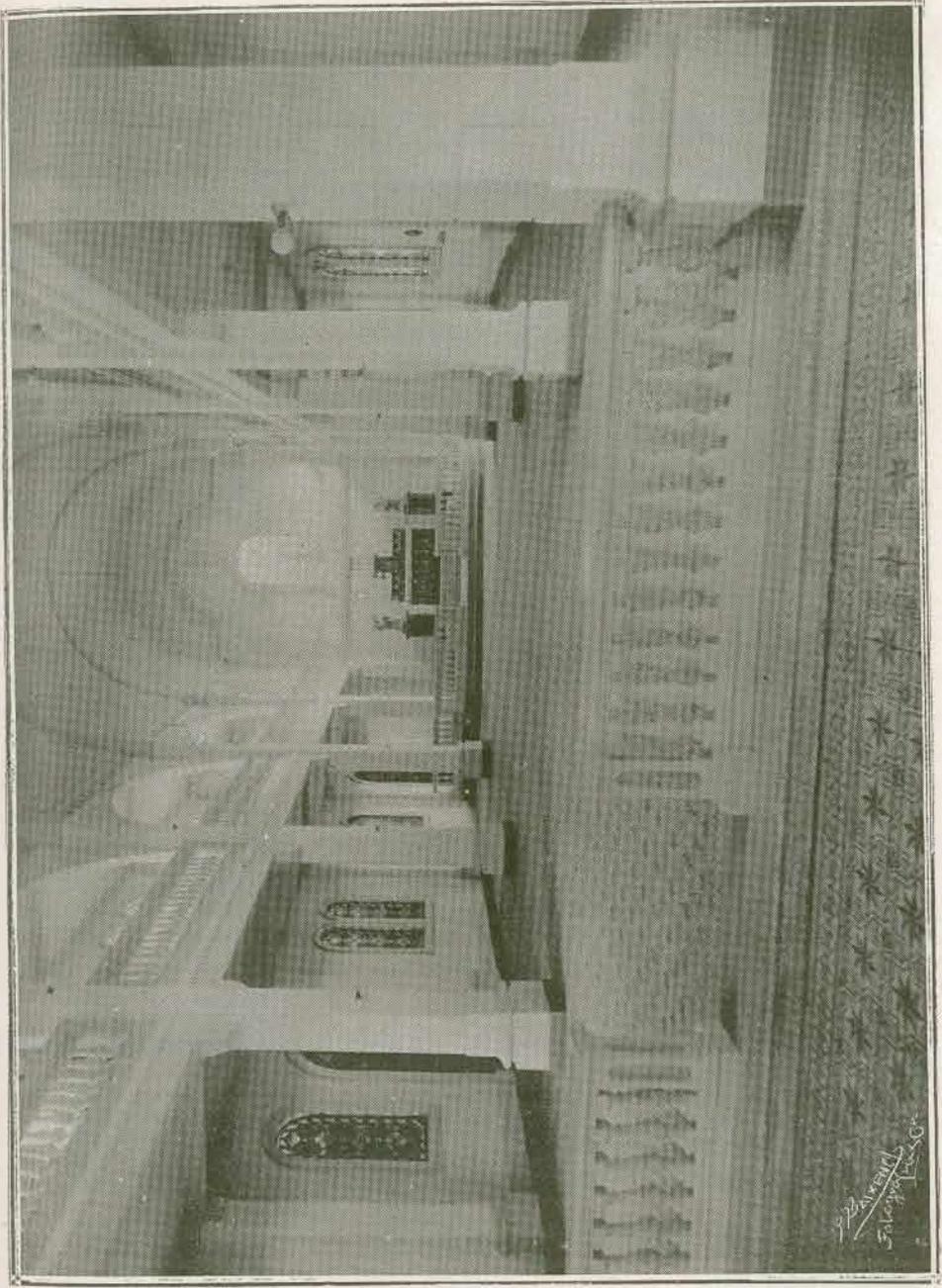
drillo mosaico, del mejor efecto y la pintura hecha con un arte sobrio y elegante. Hay un abundante y artístico alumbrado eléctrico que da a la capilla un aspecto deslumbrador.

Las dimensiones interiores de la capilla son: longitud, 28 metros, ancho, 11^m, 50; altura desde el piso hasta el centro de la bóveda, 10 metros. La nave central tiene un ancho de 6^m, 60 y cada una de las laterales 2^m, 45. Esta misma anchura es la de las tribunas. En la parte Oeste, a la entrada, hay un espacio de 5 mt. por 11^m, 50 para el servicio ordinario del público, aunque éste también es admitido a ocupar la parte reservada al colegio, en los días en que la gran afluencia de fieles así lo exige.

Como anexos a la capilla hay: en la parte Norte, una sacristía de 6^m, 25 por 5^m, 22 con seis pequeños departamentos que le son anexos. También hay una enfermería cuadrangular de 6^m, 30 de lado, con sus dependencias. En la parte Sur hay un *préau* o espacio abierto, en comunicación con los jardines que rodean la capilla y sobre él y sostenida por pilares y vigas de cemento armado hay una gran pieza cuadrangular de 8^m, 50 de lado en comunicación con las tribunas. El aspecto exterior del edificio, aunque no pudo, por razones de orden especial, conservar toda la pureza del estilo romano, es sin embargo del mejor efecto.

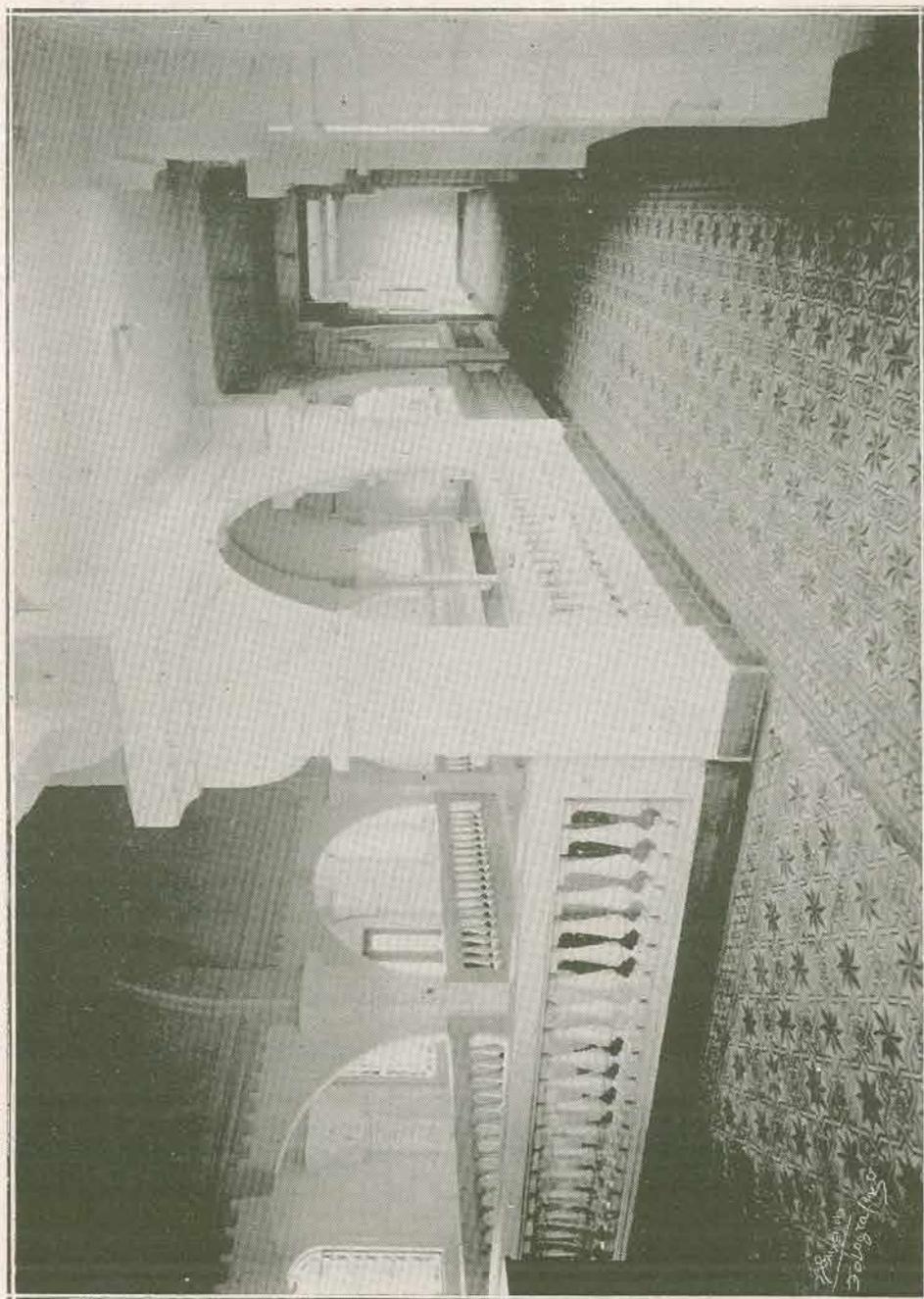
La primera piedra fué colocada el 29 de diciembre de 1912 y la bendición e inauguración de la capilla tuvo lugar el 6 de setiembre de 1914.

La Capilla de Sión es una obra perfecta en su género, monolítica, absolutamente a prueba de fuego y de temblores y terremotos. Es además una obra de duración indefinida, que no necesitará nunca costosas reparaciones y una obra de arte verdadero, que honra mucho a las monjas de



Colegio de Nuestra Señora Señora de Sión.—Nave principal de la Nueva Capilla

22
LAWRENCE
SALOMONSON
1894



Colégio de Nuestra Señora de Sión. — Galería de tribunas en la nueva capilla

Sión, al señor Falsimagne que la ejecutó y a Costa Rica.

El costo de esta obra no puede todavía determinarse con toda exactitud, pero es con seguridad relativamente bajo para una obra de esa magnitud y calidad.

La construcción de esta capilla es un ejemplo que deberían seguir siempre las Juntas Edificadoras de Tem-

plos de Costa Rica,— las cuales, por lo regular, malgastan enormes sumas en producir obras mediocres,— y demuestra la inmensa ventaja, desde el doble punto de vista del arte y de la economía, de encomendar la elaboración de planos y la ejecución de obras, solamente a personas de verdadera y reconocida competencia.

Una moral caníbal

La Sociedad de Conciliación Internacional de los Estados Unidos publica el manuscrito de una memoria, encontrado entre los papeles de un misionero evangélico del siglo XVIII. Ese manuscrito contiene las ideas, en forma de conferencia, con que un caribe médico y filósofo, combatía la propaganda anti-canibal que los cristianos hacían y andan haciendo por cuantas son tierras del mundo.

Sin duda, no es perfectamente académico—valga la traducción del misionero—el estilo de este orador caribe, ni está su filosofía muy de acuerdo con el humanitario sentimiento que rebosan las teorías de Juan Jacobo, tan bien realizadas por los no menos sentimentales jacobinos del noventa y tres; pero es cristiano tener algo ancha la manga en materia de forma literaria. Aceptemos, pues, el estilo caribe, y apliquemos el oído a las razones de este pensador que, a la sombra de los bosques tropicales, trataba de traer sus conciudadanos, en la *Plaza de Armas* de la tribu, al buen camino patriótico.

He aquí, más o menos, el preámbulo de la oración:

«Un extranjero se pasea por entre nosotros enseñándonos una nueva religión. Entre las cosas que predica hay muchas que no son de un todo indiferentes, pero también hay algunas esencialmente peligrosas: entre éstas, la que pretende proscribir el canibalismo de la tierra, y que renun-

ciemos a nuestra salvadora costumbre de comer carne humana. Efectivamente, en todas las épocas existieron individuos física y moralmente venidos a menos, para cuyo estómago fué contraproducente tal alimento. Pero esta idiosincracia fisiológica es rara, y aun sus propias víctimas la consideraron como una enfermedad: solamente ahora se pretende constituir un dogma con lo que no es sino una positiva predisposición patológica. Muy sin cuidado nos tendríamos semejante tentativa, si no estuviéramos presenciando ya sus nocivos efectos: ¿no acabamos de contemplar asombrados cómo, durante nuestra última fiesta pública, tres de los más distinguidos guerreros de la tribu, se negaron a probar la carne de los prisioneros que fueron inmolados?»

El orador dice luego que en todas las edades los enemigos muertos en el combate fueron asados y comidos sobre el propio terreno, y los prisioneros engordados con exquisito refinamiento para servirlos en los festines posteriores. Cuando una costumbre alcanza tal antigüedad, no es un accidente de la historia, ni una moda o convención pasajera; no depende de la voluntad del hombre, sino emana de una ley de la naturaleza misma, instituida por los propios dioses. Los corazones tiernos pueden deplorarlo, pero es inútil oponerse a la fatalidad.

Esta parte del discurso termina con un razonamiento que hemos visto lue-

go servir de base a las especulaciones de un economista famoso:

«La necesidad de esa ley es evidente para todo juicio desprevenido. Suponed, por ejemplo, que las tribus, negándose a comerse mutuamente, convengan en vivir en paz, cada una dentro de su propio territorio. ¿Qué sucedería? Todos aquellos a quienes nuestras incesantes guerras hacen desaparecer, continuarían viviendo: el número de los que se dedican a tener hijos, sería incomparablemente más grande; el envenamiento voluptuoso producido por el abandono de las duras costumbres de la guerra inclinaría cada vez más los corazones al amor, completamente falso, del prójimo: por todo lo cual, la población aumentaría, con espantosa rapidez, en proporciones hasta ahora desconocidas. De manera que por más fértil que pudiera ser nuestro suelo, por más industriosas que nuestras mujeres fueran, el país no alcanzaría producción bastante para mantener a toda su gente».

¿Qué remedio, entonces? ¿Expulsar una parte de los habitantes, «o bien —continúa el economista caribe— sacrificar los viejos y los niños que tengan algún defecto, como en las antiguas tribus se acostumbra? Uno de nuestros poetas, hablando de sus antecesores, ha dicho:

Cariñosamente mataban y luego se comían los valetudinarios y los niños deformes».

Pero el precavido pensador caribe teme los efectos de la corrupción, de la injusticia y de la imparcialidad de los jueces, en beneficio de tales viejos y de cuales niños. ¡Si pudiera confiarse a la propia discreción individual el cuidado de eliminarse a sí mismo en llegando a cierta edad!

El orador desconfía, y crudamente opina que los tiempos heroicos han pasado y los viejos se harían los sordos, y los ciegos ante la urgencia patriótica del suicidio económico seguirían viviendo, como si tal cosa, olvidados o aparentando olvidarse de su bella y ejemplar inmolación en el altar de la tribu.

«Por otra parte—prosigue—permítaseme agregar que tal sistema quitaría bastante de su regocijo y su placer a nuestras fiestas. Hay muchas personas entre nosotros para quienes la carne de viejo es dura y pellejosa, e insípida la de niño. Y esta consideración no es para olvidarse, aunque parezca completamente materialista a los que adolecen del supersticioso respeto a la carne humana».

Cuanto a la teoría de la evolución, este científico la ve clara:

«Los incesantes combates realizan periódicamente entre nosotros una eliminación de los débiles que la ley no podría cumplir satisfactoriamente. En el campo de batalla no hay intrigas, ni concesiones políticas, ni bajos negocios. Aquel a quien sus deficiencias hacen incapaz, cae bajo el golpe de su adversario: su muerte prueba que no merece vivir. De la guerra no vuelven, pues, sino los más fuertes, los más robustos, es decir, los verdaderamente dignos de la existencia, y de reproducirse. ¿Quién no ve, por consiguiente, las ventajas de una selección tan benéfica y tan justa? Los muertos gozan de la paz en el gran sueño; los vivos, de la luz y de la prosperidad».

Cuanto a la estética, al sentido caribe de lo bello, no podía faltar su concepto en este discurso realmente admirable. Oigamos al pensador:

«Las razones apuntadas bastarían a nuestros vecinos: ellos son gente bárbara, temperamentos muy poco cultivados. Pero nosotros los oyampis queremos algo más; algo más nos exige nuestra cultura. La verdadera civilización reconoce el valor predominante del Bien y de la Belleza. Desde este punto de vista es también utilísimo el consumo de carne humana. Vedlo. ¿De dónde viene, a qué se debe, la hermosura eurítmica y varonil de nuestros guerreros, el vigor y la tersura de los nervios y de las formas en nuestros niños? ¿Por qué, durante las danzas marciales de nuestras fiestas, todas las miradas son atraídas—aun las de los predicadores de las nuevas teorías—por la robustez, la

agilidad y la gracia de los que bailan? Es porque todos los años la guerra elimina los débiles. Por tal modo es como se conserva la belleza de nuestra raza: imaginad—y tendréis el símil perfecto— a un cirujano que con mucha inteligencia trabaja sin tregua en extirpar de nuestros cuerpos todo cuanto lo deforma y debita. Si, pues, perdemos nuestro gusto por la carne del vencido, las guerras se harán cada vez más raras, porque ese gusto es su principal causa, su necesaria condición y su justificación efectiva. Los enfermos, los raquíticos y los viejos continuarían viviendo en nuestra población pululante: la raza iría perdiendo sus características líneas de belleza, y los hermosos ejemplares humanos vendrán a ser casos excepcionales entre nosotros».

¡Concienzudo y perspicaz doctor! ¿Quién puede negar la exactitud a estas afirmaciones caribes, perfectamente científicas? ¿Cuáles son, en realidad, las tribus mejor aparejadas para la vida? Aquella donde los guerreros olvidan las virtudes viriles y descienden a la indolencia y a la cobardía, donde la corrupción y la justicia relajan los vínculos y anarquizan la comunidad, será pronto una simple contribución a los festines de otra más fuerte, donde las heroicas costumbres imperen y no se haya olvidado todavía el reconstituyente sabor de la carne humana. Como este filósofo lo ve y claramente lo expone, es un derecho y un deber para las tribus más fuertes, inteligentes y disciplinadas, alimentarse con las inferiores. Ya él lo dijo, inclinando la frente bajo las frondas tropicales, la frente cuarteada de puro meditar, estrecha a fuerza de concentrarse: «ésta es una ley establecida por los mismos dioses, en virtud de la cual es como el hombre prospera en poder, en belleza y en virtud».

Mas, oigamos la continuación de su conferencia:

«Hay algo todavía que mencionar, aunque sean un absurdo evidente. Se nos dice:—Está bien que la guerra ejerza esa función saludable de eliminación y educación; pero para ello no

es necesario que los vencedores se coman a los vencidos. Es abominable la costumbre de comer carne humana.— Esto es incomprensible para mí, lo confieso. Creer que después de las fatigas y riesgos de un combate, los guerreros victoriosos hayan de renunciar a los beneficios inmediatos del triunfo, es haber perdido completamente la noción de la realidad y de la vida. Aquí se revela con diurna claridad la decadencia intelectual de los adversarios del canibalismo y lo pueril de su doctrina. ¿Para qué deseáramos la guerra, si abandonamos el gusto por la matanza y los festines de carne humana? ¿Hemos de cambiarla por maíz y otros cereales? Esta sería una deplorable afición. En un país remoto hay un proverbio que dice: Del mar el mero y de la tierra el carnero. Supongo que en esa tribu no han probado la carne de prójimo. Los granos es necesario sembrarlos, y la recolección de las cosechas ofrece muchas dificultades en la campaña. En cambio, los cuerpos de los muertos y de los heridos, quedan en el campo y son una presa inmediata. Además, para ningún hombre verdaderamente sensible, es decoroso abandonar un rico elemento que tiene a la mano, por un botón incierto y de calidad inferior: porque para ningún carioe que tenga la estimación de sí mismo, vale mucho una totuma de caraoas comparada con una porción de carne de hombre».

Luego el conferencista pronuncia nuevas razones estético-sentimentales:

«El matar a los heridos les economiza sufrimientos prolongados. Los cuerpos de los vencidos no experimentan dolor alguno siendo servidos en los festines del victorioso. ¿Preferirían acaso disolverse ignominiosamente sobre la tierra o ser alimento de los zamuros? Pienso, al contrario, que para el guerrero abatido es un alto consuelo el saber que su carne no caerá bajo el pico de las aves inmundas, sino que en su pleno vigor y belleza, palpitante aún con el ardor del combate, servirá de comida y fiesta

para los hombres que le vencieron».

Lo cual es indiscutible.

Y el profesor continua:

«Todos los grandes capitanes han dicho que la guerra debe alimentarse a sí misma, que el combatiente ha de vivir del enemigo. La más directa y segura aplicación de esta máxima es comerse al vencido. De esta manera el combate prepara al guerrero el festín que ha de restablecer sus fuerzas. Los valientes no deben temer el hombre».

El doctor termina con algunas consideraciones sociológicas, de entre las cuales copiamos éstas:

«Creo que cuantos acepten la doctrina anti-canibal, son traidores a la tribu y merecen un severo castigo. La diferencia esencial entre un compatriota y un enemigo es el derecho y el deber de comerse al último. Suprimir tal diferencia es suprimir los vínculos sociales de la tribu. Y esos vínculos se debilitarán todavía más el día en que creamos poder ir a tierra extraña sin ser comidos. Así, pues,

¡oh valientes oyampis!, repudiad tales ideas. El anti-canibalismo es una doctrina fundamentalmente quimérica. Los hombres se han comido siempre unos a otros: continuarán haciéndolo en el porvenir, como lo han hecho en el pasado. Y el mejor modo de evitar que nos coman a nosotros, es ir debilitando poco a poco a las tribus vecinas por medio de liberales y frecuentes derramamientos de sangre».

Cuando el pensador caribe terminó su peroración, los guerreros presentes aprobaron con un grande aplauso.

Y el misionero—según lo revela una elocuente acotación del manuscrito—viendo como reaccionaba la tribu en favor de las ideas por él combatidas, temió terminar su evangélica existencia sirviendo de contribución asada en una fiesta de reconciliación, y avió de prisa. A esta recomendable prudencia debemos sin duda el haber podido leer los sabios, profundos argumentos del doctor caribe.

José Austria



M. JUAN JAURES,

† en París el 1º de agosto
del corriente año

M. Juan Jaurés, rindió su existencia el 1º de agosto, bajo el plomo fratricida de un fanático patriota francés. Cenando en una mesa de un restaurant de Montmartre, en compañía de un redactor de su periódico *L'Humanité*, del cual era director, fué atacado por la espalda por un joven, quien le disparó tres tiros de revólver, que le ocasionaron casi instantáneamente la muerte.

Era Jaurés uno de los más hábiles políticos franceses; tenía el don de la elocuencia y éste fué motivo para que se le considerara como una de las primeras figuras en el Parlamento de Francia.

Sus convicciones políticas encaminadas siempre a favor del proletariado, le llevaron a la jefatura del socialismo francés; desde este lugar hacia esfuerzos para convencer a sus compatriotas que el camino que conduce a la justicia y el derecho es el de la paz. A este fin cuéntase que en los momentos en que fué asesinado acababa de salir del ministerio de negocios extranjeros, en donde había visitado a M. Viviani para convencerle que insistiera cerca de Rusia para que la paz no fuera alterada.

Su muerte ha sido sentida, no sólo por los franceses que apreciaban cuánto valía M. Jaurés, sino por aquellos que admiran a los que dedican sus energías en favor de la fraternidad humana.